

José Luis Calvo Martínez

La  
*O d i s e a*  
para jóvenes



Granada, 2025

© JOSÉ LUIS CALVO MARTÍNEZ  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA  
ISBN: 978-84-338-7615-7  
Depósito legal: Gr./1884-2025

Edita: Editorial Universidad de Granada  
Campus Universitario de Cartuja  
Colegio Máximo, s.n., 18071 Granada  
Telf.: 958 243930-246220  
Web: editorial.ugr.es

Maquetación: Raquel L. Serrano / Atticus Ediciones  
Diseño de cubierta: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones. Granada.  
Imagen de cubierta: Francisco Herrera Baca «Odiseo y las Sirenas».  
Ilustraciones:  
Henri Matisse. *El barco de Ulises*, 1935. Imagen en dominio público.  
El Caballo de Troya. Ilustración didáctica anónima, siglo XIX. Dominio público.  
John Flaxman. *Ilustraciones para la Odisea* (láminas), ed. 1870.  
Fuentes: The Warburg Institute Iconographic Database. Imágenes en dominio público.  
*Odiseo y sus compañeros luchan con los cícones*, estudio para un fresco posteriormente destruido de la Galerie d'Ulysse del Palacio de Fontainebleau. Dominio público.  
*Odiseo recupera a sus compañeros*. Grabado francés del siglo XVII (1633). Creative Commons.  
Bonaventura Genelli (1798-1868). *Eumeo, Odiseo sentado junto al fuego y Telémaco a la entrada de la cabaña de Eumeo*. Creative Commons.  
Theodoor van Thulden(1632–1633). *Odiseo abraza a Laertes en su viñedo*. Creative Commons.

Imprime: Printheus. Bilbao

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

# Índice

INTRODUCCIÓN.....	11
I. ODISEO EN TROYA.....	15
II. EL REGRESO. LAS AVENTURAS DE ODISEO .....	31
1. Los cicones.....	35
2. Los lotófagos.....	38
3. Los cíclopes.....	41
4. La Isla de Eolo .....	47
5. Los lestrigones.....	52
6. Circe.....	56
7. Odiseo en el Hades .....	65
8. Las Sirenas. Escila y Caribdis.....	69
9. Trinaquía. La isla del Sol .....	74
10. La ninfa Calipso.....	79
11. El país de los Feacios .....	84
12. Odiseo en Ítaca .....	97
III. TELÉMACO CUENTA A ODISEO SUS VIAJES A PILOS Y LACEDEMONIA .....	105
1. Viaje de Telémaco a Pilos .....	110

2. Viaje de Telémaco a Lacedemonia.....	115
IV. ODISEO Y TELÉMACO SE RECONOCEN Y NARRAN LA VENGANZA FINAL .....	125
1. Reconocimiento entre Odiseo y Telémaco .....	127
2. Aparece Meges. Odiseo y Telémaco le narran lo sucedido .....	132
3. Odiseo va a la ciudad: enfrentamiento con el cabrero Melantio, con el pretendiente Antínoo y con el mendigo Iro .....	137
4. Primera conversación privada entre Odiseo y Penélope .....	148
5. La esclava Euriclea reconoce a Odiseo .....	152
6. La última cena de los pretendientes.....	156
7. Penélope propone a los pretendientes el certamen del arco .....	161
8. La venganza .....	167
9. Penélope reconoce a Odiseo.....	171
10. Odiseo va a buscar a su padre Laertes y se hace la paz en Ítaca .....	175
EPÍLOGO .....	181

*Dedicada a Pablo, Jaime y Alejandro*



# Introducción

---

Me ha parecido oportuno añadir una Introducción a esta obra ya que el resultado puede ser curioso para algunos.

La Odisea es probablemente el relato mejor que se ha escrito en Occidente y está realizado por alguien cuyo nombre real desconocemos. Fue atribuida a Homero, pero no parece claro. La que yo considero la mejor obra de Occidente, tuvo que ser escrita por un genial y único autor. Porque por un lado es una novela de viajes y por otro, un relato de venganza, ambos unidos magníficamente a través de la actuación, por un lado de Odiseo y por otro de su hijo, Telémaco, y finalmente por obra de los dos en la parte de la venganza. La parte de Odiseo es la más importante, las aventuras del viaje de retorno; pero la de Telémaco también lo es, porque, primero, va conociendo detalles de la guerra de Troya, que antes desconocía. Y ello en ambos viajes —uno a Laconia para ver y preguntar a Menelao y a la propia Helena, la causante de la guerra de Troya, y el otro a Pilos para ver a Néstor. Pero lo interesante de las dos visitas, es que le producen a Telémaco la impresión de que su padre está vivo, de que está en algún lugar, escondido o esperando volver a su Patria.

Pero lo que quería señalar aquí es, sobre todo, las innovaciones que he introducido en esta «transcripción», diríamos, de la Odisea. Lo primero y más visible, obviamente es la lengua. Si comparamos el texto con el de mi traducción de la *Odisea de Homero* publicada en 2006, pero escrita 15 años antes, cuando solamente había una del siglo pasado, la de Luis Segalá y Estalella, la lengua es necesariamente diferente. Porque esta primera era una traducción literal del griego, lo que obliga a que el texto sea totalmente diferente al de la obra que tenemos delante. Aquí he incluido absolutamente todos los pasajes y las ideas de la Odisea, pero de una manera más personal, y cercana a nuestros días. En segundo lugar, he procurado, no del todo, por supuesto, porque es imposible, acercar a Odiseo a nuestros días, ¿Y cómo he hecho eso? Pues haciendo que muchas de las cosas de la Odisea original, que están producidas por los dioses directamente y en persona, en la presente pertenecen a la imaginación, o a las suposiciones del propio protagonista. Por poner un solo ejemplo, la idea del caballo de Troya se la comunicó Atenea misma, mientras que aquí es una ocurrencia que tuvo Odiseo cuando vio que un hermoso caballo entraba por una de las puertas de Troya.

Y, sobre todo, porque introduzco un personaje, un supuesto soldado de Odiseo que llega al palacio y dice haberse zafado del Cíclope. La razón para introducirle es que en esta última parte, después del reconocimiento entre Odiseo y Telémaco, tienen que hacer un relato conjunto de la Venganza Y se necesita un oyente.

En fin, que tenemos ante nosotros una Odisea tal como la habría escrito abreviadamente un escritor moderno español y no uno griego traducido. Esto es lo más importante.

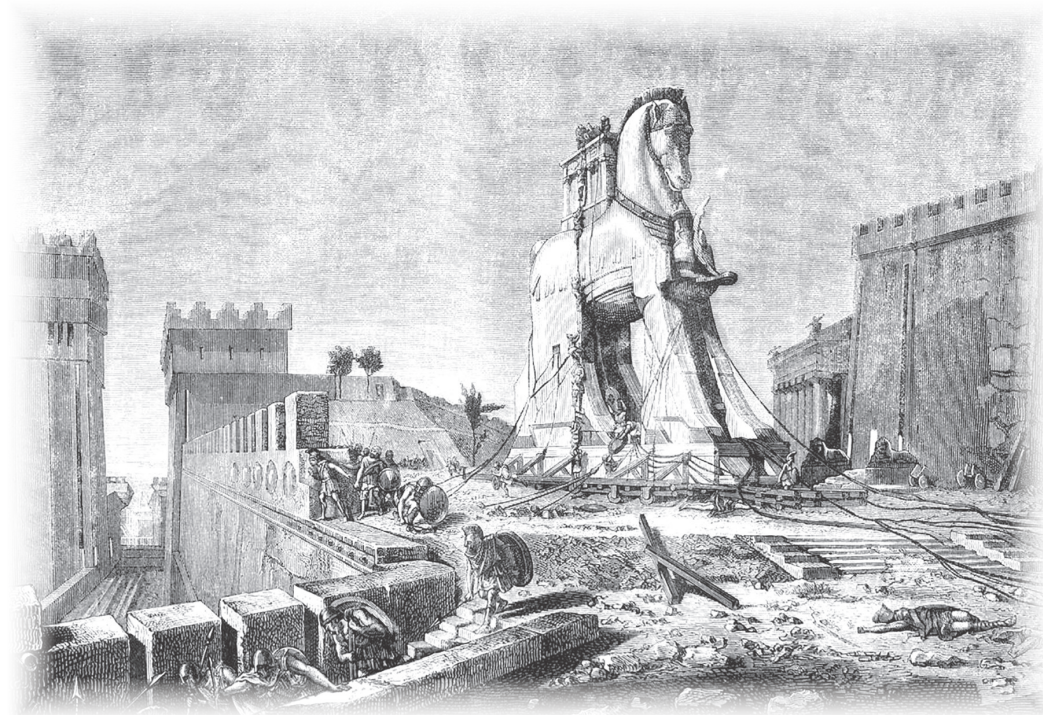
Y para terminar esta breve introducción, acabaré diciendo que para mí ha supuesto un placer inaudito que ya había soñado antes, pero que no me había parecido lógico realizar. Ahora sí. Ahora hay muchas adaptaciones a la realidad presente de cosas pasadas. Espero que al lector le guste y lo entienda todo.

Y por supuesto la obra está dedicada a los jóvenes españoles de hoy que se interesan por el mundo griego.



# I

## *Odiseo en Troya*





Es el año 1165 antes de Cristo. Más o menos. El Palacio del rey de Ítaca, Odiseo —o Ulises, si lo prefieres— se levanta sobre una colina que domina un mar azuloscuro que se vuelve de color vinoso al atardecer. Pasado el portón frontal, hay un patio rectangular relativamente grande con una galería sostenida por columnas que da entrada a la estancia principal del palacio, el mégaron, el salón donde los reyes se reúnen y suelen celebrar banquetes con sus invitados, que no pueden ser otros que los nobles de Ítaca, de las islas cercanas o de la gran Isla de Pélope, el Peloponeso; o visitantes esporádicos.

En la habitación que se abre desde el patio central, a la izquierda, hay una sala no muy grande con una chimenea. Junto a la chimenea hay un hombre corpulento con el pelo que blanquea ya por las canas reclinado en un hermoso diván. Parece estar pensativo y un tanto aburrido. De repente, entra un hombre más joven y se dirige a él:

— «Padre, llevas unos días aquí, sentado a la chimenea pensativo y aburrido, como si echaras de menos todo lo que has hecho estos años desde que marchaste a Troya. ¿Estás ahora planeando algo?»

— «Telémaco, hijo, efectivamente, después de diez años de combates y otros diez o doce de viajes llenos de aventuras por toda esa parte del mar donde nace Helios cada día, es imposible sobrevivir sin hacer nada. Estoy planeando reunir de nuevo a

unos cuantos compañeros y a sus hijos para marchar esta vez hacia el Ocaso, donde Helios se oculta al atardecer. Habrá en esa parte también pueblos y ciudades que son desconocidas para nosotros y sin duda dignas de ser visitadas. Me complacería llevarte conmigo, pero debes permanecer aquí para seguir cuidando de tu madre».

Telémaco toma asiento al lado de su padre. Parece que no le faltan deseos de hablar con él sobre todo para que, por fin, le relate todo aquello que ha vivido y que él sospecha que tiene que haber sido apasionante. Nadie mejor que el propio Odiseo podría hacerlo.

– «Tienes razón, padre, pero es que, además, un viaje así me parece peligroso y me produce bastante temor. Ya me resultó complicada la visita que realicé al Palacio de Menelao antes de que llegaras, para preguntarle por tu paradero. E incluso la que hice a Néstor en Pilos, aunque está más cerca y el viaje es menos arriesgado. En cambio, ardo en deseos de saber al menos lo más importante de todo lo que has vivido durante estos años. ¿Por qué no me dices, para empezar, por qué razón y de qué manera fuiste a Troya? ¿Y qué hiciste allí?»

– «Telémaco, solo a ti te voy a decir toda la verdad de algunos hechos y situaciones. Lo cierto es que el inicio fue un poco vergonzoso, aunque se debió como tantas veces a la astucia que todos saben que tengo —me llaman el “astuto Odiseo”, o “el rico en ardidés”— y que tantos peligros me ha ayudado a sortear. Ya sabes que el príncipe troyano, Paris, hijo del rey Príamo, visitó hace ya más de veinte años, no sé muy bien por qué, a Menelao en su palacio y se enamoró perdidamente de su esposa Helena. En fin, terminó raptándola y se la llevó a Troya que es, ya sabes, la ciudad más importante del territorio cercano al mar en el Oriente, donde nace Helios.

Por cierto, que Helena marchó con él no del todo contra su voluntad al principio; nunca pareció que echara mucho de menos a Menelao. Pero él sí la echaba de menos a ella, y, sobre todo, consideró el rapto de su esposa una humillación intolerable no solo para él, sino para todos los aqueos. Así que, junto con su hermano Agamenón, decidieron declarar una guerra total al reino de Troya. Y empezaron a reunir a otros reyes y nobles para formar con sus hombres y tropas un ejército y una armada para atacar a la ciudad y destruirla.

Y, claro, uno de los nobles a quien vinieron a buscar, fue a tu padre, a mí. Yo estuve pensando cómo librarme con astucia de ir a esa guerra; me parecía que no beneficiaba ni interesaba al conjunto de los aqueos. Era una cuestión puramente familiar.

Al final se me ocurrió cómo engañar al que viniera a buscarme. Me disfracé y actuaba de manera que pareciera que estaba loco: vestido con pobres ropas de labrador y un gorro ridículo en la cabeza, uní al arado la yunta absurda de un buey y una burra. Iba haciendo surcos torcidos y lanzando sal en vez de semillas, cuando apareció el enviado. Era Palamedes, mi peor enemigo y competidor en astucias y engaños, que, además, conocía bien mis trampas y desconfiaba de mí. Por eso lo enviaron a él. Cuando me vio, se dio cuenta enseguida del engaño y no se le ocurrió otra cosa que ponerte a ti, que entonces eras un bebé, en el suelo por donde yo estaba a punto de pasar con el arado. Yo me desvié inmediatamente y él me descubrió enseguida y me cubrió de insultos por el engaño. Claro que el muy necio acabó pagándolo muy caro, como sabes.

Esta fue la primera trampa que preparé en relación con la guerra y, en realidad, fue la única que me salió mal. Así que no tuve más remedio que ceder y recurrir a hombres de Ítaca,

Same, Duliquio, Zante y otras islas cercanas que tuvieran edad para formar un cuerpo de ejército de al menos 600 hombres. Con ellos llené 12 naves de vela y remo, y nos dirigimos a Troya en cuyo puerto atracamos justo en el centro de la armada de los aqueos. De esa manera podía estar en el centro de todos los problemas, conocerlos bien y tratar de resolverlos, como hice en algunas ocasiones que te voy a ir contando.

Bueno, pero antes pasó lo que pasó. No te voy a aburrir contándote cómo por la estúpida ocurrencia que tuvo Agamenón de matar una cierva en un bosque sagrado de Ártemis, la diosa nos retuvo las naves deteniendo los vientos cuando estábamos ya en Áulide a punto de desplegar las velas y entrar en mar abierto hacia Troya —me refiero al sacrificio de su hija Ifigenia. Seguramente te lo contó Menelao cuando fuiste a Esparta a visitarlo.

En fin, cuando ya estábamos en Troya, mi comportamiento, como es lógico, fue, en primer lugar, el de un guerrero, aunque para mis compañeros, sin duda, yo no era el mejor ni el más adecuado para los grandes combates individuales. Así sucedió cuando nos reunimos los mejores para ver quién era elegido para combatir con Héctor; y a mí, desde luego, no me eligieron. A pesar de ello, acabé con la vida de varios troyanos y aliados licios y tracios, cuyos nombres no vale la pena que te diga porque carecen de importancia, aunque para las fuerzas troyanas sí que la tenían, y mucha.

— «¿Y qué me dices de las competiciones atléticas, padre? ¡Siempre te he visto correr más rápido que el viento y saltar y lanzar la jabalina y manejar el arco como nadie!».

— «Es cierto. Si en el terreno de la guerra no era el más sobresaliente, sí que lo fui, en cambio, en el de las competiciones

atléticas. La más importante fue la que organizó Aquiles cuando su querido compañero Patroclo fue abatido y muerto por Héctor cuando había salido para luchar vestido con las armas del Pelida. Su intención era, más que nada, asustar y espantar a los troyanos haciéndoles creer que era el propio Aquiles. Pero el engaño no tuvo éxito y Héctor acabó con su vida.

Después de llorar sin descanso, junto con sus guerreros mirmidones, durante más de un día, Aquiles organizó un funeral grandioso para su cremación, una enorme pira, formada por árboles cortados en el monte Ida y rodeada de animales que habían sido sacrificados. Pero además organizó unos juegos atléticos, como es habitual en los funerales de los hombres importantes. En la primera prueba, luchamos Ayante Telamonio y yo por ver quién derribaba al otro. Pero no hubo vencedor; la victoria fue para ambos, pues ambos pudimos levantar al otro, pero no derribarlo.

Para la carrera de velocidad, en cambio, nos presentamos tres a competir: otro que también se llamaba Ayante el Locrio, hijo de Oileo, Antíloco, hijo de Néstor, y yo. Aquiles propuso como premio, para el primero, una gran cratera de plata fabricada en Sidón; para el segundo, un enorme buey engordado para el banquete, y para el tercero, medio talento de oro. La carrera fue muy reñida: Ayante iba siempre el primero, pero yo le seguía haciendo que sintiera mi aliento en su cuello. Cuando íbamos a llegar a la meta... fue la primera vez, hijo, que acudí con una súplica a la diosa Atenea para que me ayudara. Y ella me escuchó e hizo que Ayante resbalara en el barro y cayera de bruces poco antes de pisar la meta arrastrándose por el barrizal y el estiércol de los bueyes que Aquiles había sacrificado alrededor de la pira funeraria. Yo fui el vencedor.

Pero la competición más importante que sostuve no fue atlética, hijo, sino de palabras. Te la voy a contar puesto que en ella el premio a ganar era extraordinario, divino, nada menos que las armas de Aquiles; y también, porque mi adversario era una vez más el guerrero más esforzado y valiente, pero, eso sí, el más desdichado de cuantos pisamos el suelo de Troya. Ayante el hijo de Telamón. En verdad, debo decirte, antes de nada, que colaboramos muy a menudo los dos en la guerra. Incluso un día, en un combate que estaba sosteniendo yo solo contra una muchedumbre de teucros que me rodeaban como una jauría de perros acosando a un jabalí, vinieron en mi ayuda Menelao y el propio Ayante. Yo me había enfrentado al troyano Soco, hijo de Hipaso, que estuvo a punto de herirme mortalmente, aunque sólo atravesó mi escudo y armadura con su pica; pero luego trató de huir y acabé atravesándole yo con mi lanza la espalda y el pecho entre los hombros. Como los teucros seguían acosándome, se presentó Ayante con su escudo, que era como una torre, y se dispersaron igual que una manada de ovejas cuando un león se lanza enloquecido contra ellas.

Por ello le estoy eternamente agradecido; pero, en cambio, nunca me perdonaré a mí mismo cuando murió Aquiles y competimos en la asamblea por sus armas, las que había fabricado para el Pelida el mismísimo Hefesto a petición de su madre Tetis. Muchos competíamos por ellas, pero al final solo quedamos Ayante y yo. Como la pugna no era luchando, sino argumentando y discutiendo quién era mejor, lógicamente optaron por mí los aqueos cuando les demostré cuánto mejor es la inteligencia que la fuerza. Nunca me lo perdonó. Le dolió tanto esa derrota que se quitó la vida. Cuando lo vi en el Hades, como te contaré más tarde, ni siquiera me dirigió la palabra, aunque yo no dejaba de pedirle mil perdones».